

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 98.—BARCELONA 18 DE MARZO DE 1916



El pueblo de Aerschot, destruido por la artillería de los aliados

CRONICA INTERNACIONAL

I.—Verdun y la paz.—II. La cuestión de los fletes.—III. Lord Northcliffe

I.—Verdun y la paz

Las batallas de Verdun han tenido la propiedad de que, por primera vez, la prensa francesa no se irrite al hablar de probabilidades de paz, aunque se atribuya al adversario el deseo de poner fin a la contienda. En Francia, Inglaterra y Alemania se consideran como el principio del fin, y se las traduce como un gran paso hacia la paz. ¿Son fundadas realmente tales esperanzas? Si toda batalla nos acerca al término de la guerra, la de Verdun ha de ser bien acogida, y cuantas más se libren, tanto mejor; pero si la solución ha de venir de la negativa de un grupo de beligerantes a seguir sacrificándose, estamos tan lejos de la paz hoy como antes de lo de Verdun.

La paralización de las operaciones, que ponía a todos en el mismo caso, ni vencedores ni vencidos, aplazaba indefinidamente la paz; al chocar fieramente las armas en Verdun, la opinión pública de todos los beligerantes ha comprendido que había un camino más corto de acabar con la presente sangría y, confundiendo los hechos con los deseos, espera que de Verdun salga la paz. En este sentido, es muy significativo lo que acontece, porque descubre que los

pueblos están ahitos de guerra y anhelan volver cuanto antes a la normalidad. Antes faltaba el pretexto; llegado éste, se han exteriorizado los sentimientos íntimos de los pueblos beligerantes.

Bastaría que la opinión general ascendiese viva y clara hasta los directores de las naciones, para que de un modo natural, espontáneo, concluyera la guerra. Desgraciadamente, ésta liquidará muchas cosas y muchos hombres, y los alcanzados por la liquidación se oponen y resisten a la apertura de la nueva era. Pocas esperanzas tienen los alemanes de que la opinión pública rusa responda a la llamada que se la dirija en forma de batalla, y ponen más fe en la conciencia nacional francesa. Bastaría que ésta supiera que Francia no sufriría ninguna desmembración si concertaba la paz enseguida, para que los aceros volvieran a las vainas; pero ni los exaltados de allende el Rhin permitirían que su Gobierno hiciera proposiciones, que calificarían de cobardía, ni los apasionados de Francia dejarían de interpretar como señal de impotencia del enemigo cualquier tentativa de conciliación que procediera de Alemania. Y así estamos: una pequeña minoría se impone a todos y los más y los mejores se callan, resig-

nan y muestran paciencia. Por un capricho irónico del destino, ocurre semejante contrasentido en plena época y cabal florecimiento del sufragio universal, régimen de mayorías y principios democráticos.

Como quiera, ha de verse con complacencia el estado de la opinión en los países beligerantes, puesto que ella representa el terreno en que se ha de sembrar la buena semilla de la paz, y como el medio está bien preparado y dispuesto, la semilla germinará rápidamente. Todo induce a creer, no obstante, que necesitará mucho riego con sangre humana y abundante abono, en el que se invertirán los ahorros de los ciudadanos en el presente y en un porvenir dilatado de muchos, muchísimos años.

II.—La cuestión de los fletes

El asunto que más preocupa, justificadamente, a las naciones de la *Cuádruple* y también a los neutrales es el encarecimiento de los fletes. Se ha traducido por de pronto en el encarecimiento de las subsistencias, pero amenaza con privar a medio mundo de una porción de primeras materias. Alemania y Austria, que nada tienen que perder a este respecto, prosiguen implacablemente su campaña de destrucción, que ha llegado ya a inferir fuerte herida en sus enemigos.

El encarecimiento de los fletes proviene: 1.º de la disminución de la flota mercante, a consecuencia del gran número de barcos echados a pique; 2.º de la escasa actividad de los principales astilleros, dedicados a la construcción de naves de guerra en vez de mercantes; 3.º de la incautación por los Estados beligerantes de muchísimos barcos, para dedicarlos a los transportes de tropas y material de guerra; 4.º del temor y retraimiento de las compañías navieras, ante los peligros que se ciernen sobre la navegación; 5.º del aumento de tráfico marítimo, por estar paralizado el terrestre en casi toda Europa. La causa eficiente no es otra que la labor de los submarinos austro-alemanes.

Sólo en los meses de octubre y noviembre, y en el Mediterráneo, han echado a pique 58 barcos con 300 000 toneladas, y el *Moewe* ha registrado en su debe quince buques con más de 57.000 toneladas. No es exageración decir que desde 1.º de octubre a fin de marzo, la marina mercante de la *Cuádruple* ha perdido más de 600.000 toneladas. Si son exactas las noticias que circulan sobre los nuevos submarinos alemanes, que pueden cubrir 4.000 millas sin repostarse de carbón, y desarrollar una velocidad de 22 nudos, y además se lanzan al Atlántico otros doce barcos como el *Moewe*, antes de seis meses Inglaterra, Italia y Francia habrán quedado prácticamente bloqueadas, por resultar interrumpidas las líneas de navegación. La crisis será casi tan grave para los neutrales, a los que les espera otro peligro, para el que conviene prepararse desde luego.

Reducido a un mínimo insuficiente el tonelaje británico, italiano y francés, y retraído el neutral, el instinto de la propia conservación hará que las miradas de los beligerantes se fijen en las naciones que posean una regular flota mercante, y que agoten los esfuerzos para sumarlas a su bando, encontrando así el único remedio posible a su debilidad. Holanda, Noruega, Suecia, Grecia, Portugal, ¿quién sabe quie-

nes más? habrán de ser solicitadas con [ahinco bajo el apremio de las circunstancias; si la desesperación se adueña de los contendientes, el mundo entero puede ser arrastrado a la hoguera y consumirse en ella.

Este es el inconveniente de que la lucha se haya extendido a los mares. Mientras se combatió en tierra, los neutrales pudieron abstenerse y evitar las salpicaduras; pero el mar es patrimonio de todos y a todos les alcanza lo que en él sucede. No son las subsistencias lo que ha de preocuparnos, sino algo más vital y trascendental; la independencia nacional es un mito sin la independencia económica, estrechamente enlazada con la libre navegación.

Tales son los tristes presagios, que Dios quiera no se truequen en realidades, que se derivan de aquel impremeditado y ligero paso de bloquear a la Europa central. La *Cuádruple* decretó ese aislamiento, sin contar con los formidables medios del enemigo; la acción no pudo llegar a donde alcanzaba el deseo. Irritada Alemania, destruye metódicamente las naves del adversario, mientras las suyas aguardan en los puertos, propios y neutrales, que termine la guerra, para surcar los mares sin temor a la competencia que antes les hiciera la marina aliada, la mitad de cuyas unidades se habrá ido al fondo del mar, y la otra estará destrozada por la incesante y forzada navegación.

III.—Lord Northcliffe

Impone ministros, promueve crisis, mueve y dirige a la opinión, es materia obligada de discusión en el Parlamento, derriba generales o los ensalza, abre las bolsas de los ricos, socorre a los pobres, es *magister* indiscutido de la prensa de medio mundo, consultor de las cancillerías, consejero de los jefes de Estado y director de las masas que piensan. ¿De qué medios dispone Lord Northcliffe para ejercer ese inmenso poder, sin responsabilidad, sin quiebras ni fracasos? Del dinero, que le hace dueño del *Times*, del *Daily Mail* y de otros grandes periódicos londinenses, de información espléndida, sin rival en el mundo. A sus órdenes, una legión de excelentes escritores, de sólida y profunda instrucción, y una multitud de especialistas, laboran en perfecta unidad y en admirable comunión espiritual, hasta el punto de dar la impresión de que todo el periódico está escrito por una sola pluma. No cabe mayor compenetración entre todos los miembros que componen las numerosísimas redacciones de aquellos diarios. Exaltado y franco el *Daily Mail*, metódico, cauto y correcto—con tal que no se trate de Alemania—el *Times*—para limitar el cuadro a estos dos periódicos,—es mucho más temible y peligroso éste que aquel, porque posee más habilidad, destila gota a gota, y no a raudales, la esencia de sus campañas, y es implacable, obstinado, sin que nada ni nadie le pueda convencer de sus errores. Defensor del imperialismo y de la superioridad británica, encuentra el modo de explicarlo y justificarlo todo; si confiesa a medias un fracaso, es para deducir de él la seguridad del futuro éxito; no se equivoca jamás, porque cada vez que yerra, y es a diario, se jacta de que ha profetizado lo ocurrido... Sería muy curiosa la descripción detallada del modo de ser de los diarios de Lord Northcliffe:

aparentando decir la verdad, y aun reconociéndola a menudo, se conducen de tal manera que desaparece y se esfuma ante el modo de presentarla. Los periódicos de París, y a su cabeza *Le Temps*, están tratando de inspirarse en el ejemplo de sus colegas de Londres, pero como son novicios y además carecen de los elementos que Lord Northcliffe prodiga, sus campañas y exageraciones mueven a risa; no saben ocultar el artificio y descubren el tinglado teatral con que quieren vestir la realidad.

En la inflexibilidad con que Alemania sigue en línea recta su camino, Lord Northcliffe ha visto el posible derrumbamiento de sus grandes empresas; natural es que apele a los últimos cartuchos para defenderlas y sostenerlas. Se sostienen con más firmeza que nunca en Inglaterra, a donde llegan muy atenuadas las tristezas de la guerra, pero han comenzado a bambolearse en Francia y Rusia, cuyas desgracias comienzan a abrir los ojos a los más escépticos. Era, pues, la ocasión de que Northcliffe se pusiera personalmente en campaña. Al fin y al cabo se trata de una cuestión de patriotismo, estimulada por el sostenimiento de empresas de muchos millones.

Ha provocado visitas de literatos y periodistas rusos a Inglaterra. Sostiene en Rusia, por medio de sus enviados, un estado de opinión que, por desgracia para él, no ha conseguido transmitirse a las clases medias y bajas; mima y halaga a los moskovitas; y olvidando lo que decía de ellos y los epítetos expresivos que les dirigía apenas hace ocho años, se expresa como si la más tradicional y fiel amiga de Rusia hubiese sido siempre Inglaterra (!). Es una campaña dirigida y desenvuelta con un arte y un conocimiento de los hombres, que asombran; no es posible ir más allá.

Los franceses, más despiertos que los rusos se han dado por fin cuenta del juego de sus amigos y aliados, los verdugos de Juana de Arco, los carceleros de Napoleón, los que detentaron Calais, arruinaron a Francia y promovieron, no hace muchos años, el incidente de Fashoda. Las batallas de Verdun han conmovido a la opinión francesa; todos los pensamientos se han fijado en Flandes; ¿no es esta la ocasión, piensan las madres doloridas y los hombres angustiados, de que nos apoyen los ingleses atacando a los alemanes, y que la tan ponderada ayuda abandone las columnas de los periódicos y se traduzca en algo tangible y real? Se ensayó el tópico de que «no había llegado la hora» para la ofensiva inglesa, pero no dió resultado, porque Verdun es decisivo para los franceses y no admite aplazamientos ni paños calientes. Entonces, Lord Northcliffe se trasladó en persona a las posiciones de Verdun, para arengar desde allí al mundo y demostrarle que lo blanco es negro y que de la derrota saldrá el triunfo más brillante que han presenciado los siglos. No son los corresponsales, sino el *Times* en cuerpo y alma, con todo su poder y autoridad, el que presente en los campos de batalla grita a los franceses: ved cómo se agotan los alemanes; cada fracaso vuestro es un paso firme a la victoria; si Verdun se pierde, nuestro triunfo inmediato no admite duda. Al mismo tiempo, como hombre de talento que es, señala los errores capitales de los aliados: falta de unidad de acción, escasa voluntad en el mando...; y como buen inglés argumenta y razona para que de una vez se entregue

la dirección, el cetro, mejor dicho, a Inglaterra, única capaz de sostenerlo dignamente en sus manos.

Como todas las personalidades de relieve, Northcliffe, si cuenta con muchos admiradores, tiene otros tantos encarnizados rivales. En los neutrales, a unos les parece bien su conducta y a otros les parece mal. Lo cierto es que hombres de su temple honran a la nación que los produce; y no es menos evidente que su intervención en los negocios públicos es un factor de consideración en los acontecimientos actuales, y con el que se habrá de contar para poner término a la guerra; esto es lo deplorable, porque Northcliffe, ejerciendo mansamente el poder, no es responsable de la gobernación de su país, ni puede, por más que se esfuerce, conocer los verdaderos intereses y necesidades puestos en juego.

F. LARÍN.

ENTRE CAMPOS DE BATALLA

Las dos últimas ofensivas rusas contra el frente austro-húngaro.—La «economía de las fuerzas».—El valor de la defensiva

Algunos neutrales, siguiendo la corriente de la *Entente* han dado a la ofensiva de los rusos mayor importancia de la que en sí tiene, y desfigurando los hechos hacen ya aparecer a los ejércitos del Czar otra vez sobre los pasos de los Cárpatos, listos ya para bajar a las planicies de Hungría.

He aquí el cuadro militar de ese frente que concuerda con la verdad de los hechos:

En el teatro de guerra del E., se distinguen dos grandes campos de operaciones, separados por los pantanos del Pripet; el del N., desde el Pripet hasta el Dvina y el del S. desde el Pripet hasta el Pruht.

El campo S. de operaciones, se subdivide en tres zonas, marcadas por los ríos que en ellas corren: la línea del Styr, en el territorio ruso de Wolinia, la línea del Stripa en Galizia oriental, y la zona entre el Dniester y el Pruht, en la Bukovina, llamada también frente besarábico. La primera zona la ocupa el ejército austro-húngaro de Boehm-Ermolli, la segunda el ejército austro-húngaro-alemán del general von Bothmer y la tercera el ejército austro-húngaro del general Pflanzer-Baltin. Frente a estos ejércitos está el grupo de ejércitos del general ruso Ivanov.

Los ejércitos austro-húngaro-alemanes del campo Sur de operaciones se han mantenido a la defensiva desde la primera quincena de septiembre del año próximo pasado. Sólo una vez salieron de esta actitud, cuando un fuerte ataque ruso en el Stripa obligó a los austriacos a retroceder un tanto y para recuperar sus posiciones primitivas emprendieron una contraofensiva feliz. La causa para haber adoptado tal actitud defensiva no puede ser otra que la de la *economía de las fuerzas*, pues en cierta situación y para determinadas circunstancias este procedimiento es el mejor cuando se trata de alcanzar objetivos limitados. Tal procedimiento ha permitido a los austriacos crearse una pausa para reponer a sus tropas, ordenar y establecer mejor sus servicios de retaguardia y lo que es más, sustraer tropas de ese frente

para trasladarlas a otros teatros de la guerra y aplicarlas para otras empresas.

La actual guerra ha venido a rodear de respeto y prestigio al sistema de combate defensivo, que había ya sido tan desdeñado desde más de un cuarto de siglo, y es que las maniobras y ejercicios en tiempo de paz nos enseñaban cosas distintas a la realidad. Clausewitz en su famosa obra *De la guerra* dice que «la defensiva en sí representa el modo más fuerte de combatir». Junto a esta sentencia es indiscutiblemente cierto que sólo por medio de la ofensiva se puede obtener un éxito decisivo. Es más cierto quizás adoptar o pasar de una a otra forma según la situación y las circunstancias. En todo caso los hechos nos demuestran, evidentemente, que en la guerra no hay forma ni teoría determinada para

frente del ejército Pflanzner-Baltin y los alrededores de Toporoutz y Bojan; ambos puntos situados al Este de Czernowitz y distantes entre sí unos 15 kilómetros, han sido los focos de encarnizada lucha.

La ofensiva rusa ha sido conducida, probablemente, en atención a dos consideraciones: política y militar. Rusia quiso dar un golpe cuyo eco repercutiera en los acontecimientos del Balkan y mostrase tanto al adversario como a los propios aliados que la capacidad combatiente de los ejércitos del Czar todavía no está quebrantada y que no ha menguado su voluntad por la victoria.

De haber resultado con éxito la ofensiva moskovita, se hubiese visto amenazado el flanco derecho del ejército austro-húngaro y los rusos hubiesen tenido la posibilidad de invadir Hungría. De esta ma-



Una columna austro-húngara de abastecimiento, en Galizia

atraer hacia sí el éxito. Sólo el adversario que tenga mayor firmeza en sus resoluciones concordantes con la situación militar y esté alerta para presentarse fuerte en el momento y punto decisivos será quien obtenga los mayores triunfos.

Mantenido, pues, el frente austro-húngaro en estricta defensiva, son los rusos quienes emprendieron la ofensiva.

Contra el campo S. de operaciones, los ejércitos del grupo del general Ivanov han dirigido dos fuertes ataques contra el frente enemigo, con la intención de romper este frente. El primero tuvo lugar el 25 de diciembre y duró hasta casi mediados de enero; del 15 al 18 hubo pausa. En la mañana del 19 principió la nueva ofensiva, que llegó a su fin el día 21. Ambos ataques han sido dirigidos más o menos al mismo tiempo y con más o menos igual actividad contra la línea del Styr, en Czarthorysk, la línea del Stripa y el espacio entre el Dniester y el Pruht. Pero el golpe principal se dirigió contra el

nera también Rusia habría logrado atraerse a Rumanía. Pero ambas ofensivas, la de «Navidad» y de «año nuevo», han fracasado por completo. El ejército austro-húngaro las ha parado en seco y ha infligido serias pérdidas al ofensor.

En Galizia, como en Flandes, como en el N. de Francia, como en el Tirol, como en el Isonzo, como en Gallípoli, se muestra el valor de una defensiva bien preparada y bien conducida. Una posición defensiva bien fortificada es apenas irrompible, a menos que el material de artillería sea superior en calidad y cantidad al del defensor, y el acopio de municiones sea grande, y más que todo que el defensor no esté deprimido ni física ni moralmente, pues al fin y al cabo el hombre es el factor principal en la victoria o en la derrota.

J. C. GUERRERO

Budapest 26 de enero de 1916.

LOS COMBATES DE MÜNSTER

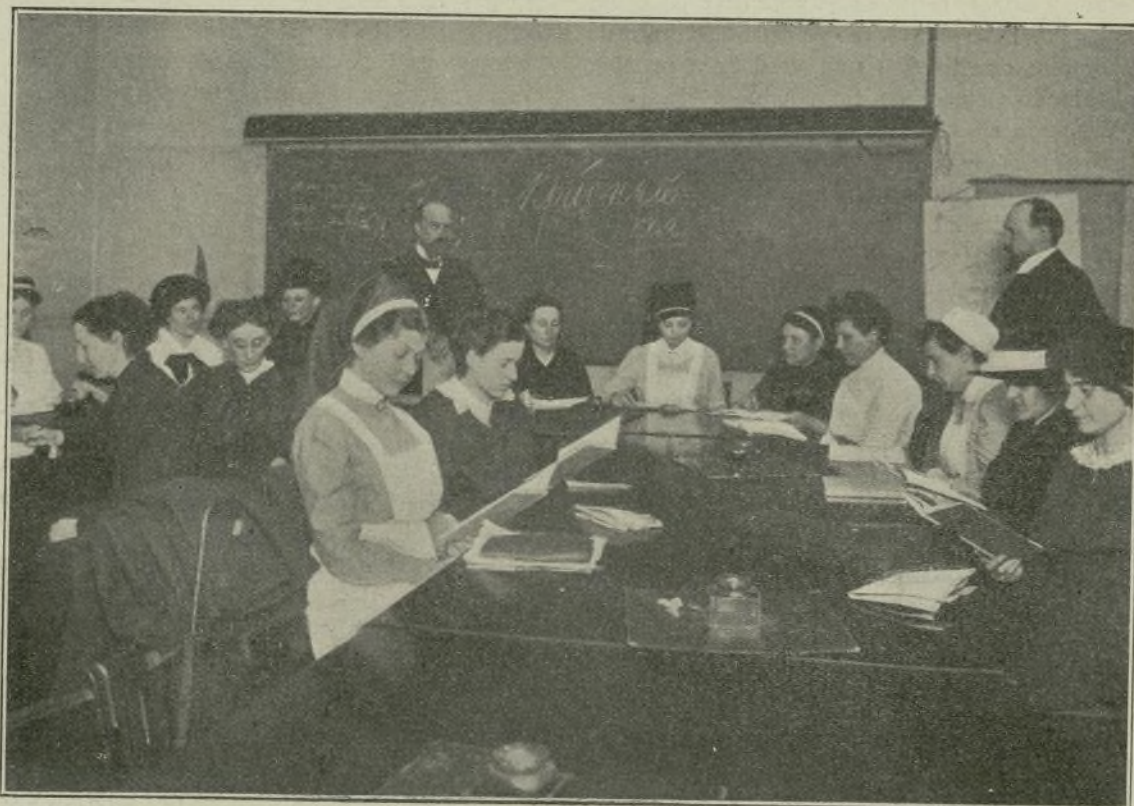
(Publicado el 10 de marzo de 1915 por el Gran Cuartel General alemán).

En los Vosgos, en la hermosa zona de montañas situada en la frontera entre Alemania y Francia, tienen nuestros soldados que hacer frente a una tarea difícil comparable a la lucha en los Cárpatos y en Serbia. Se trata de una guerra de montaña, con toda la poesía pero con todas las dificultades también que los montes ofrecen a las tropas.

La carta, por grande que sea su escala, dará siempre una idea insuficiente en terrenos de esa clase y sólo visitando en persona cada lugar, se aprecian debidamente los servicios asombrosos de nues-

de formas, pues al carácter abrupto del Harz unen las ondulaciones suaves de los bosques de Turingia. Empiezan los Vosgos en el boquete de Belfort, cuya zona de fuertes cierra los pasos de la Alsacia meridional a Francia. Ya a 20 kilómetros de la ciudad alcanza la sierra una altura de 1,245 m. en el Belchen francés y, avanzando hacia el N. E., se destaca el gran Belchen (1,423 m.) sobre sus alrededores. Desde esta elevada zona meridional, desde los altos Vosgos, la montaña desciende gradualmente por los Vosgos medios y bajos, en sentido paralelo al valle del Rhin, hasta las colinas del Palatinado rhenano.

Operaciones de importancia y de conjunto solamente se realizaron en la Alsacia meridional; los franceses intentaron allí, varias veces, la invasión desde Belfort, sin alcanzar éxitos duraderos. Pasada



Enfermeras alemanas recibiendo lecciones de ruso, en Berlín, antes de ser enviadas al teatro Oriental de la guerra

tros soldados que, con palabras sencillas, refieren los partes oficiales de los combates.

Desde el valle a la cumbre, la carta de los Vosgos acusa diferencias de nivel considerables. De una altura media de 200 m. en el borde occidental del llano del Rhin se eleva la montaña a más de 1,400.

En esta clase de guerra los detalles del terreno tienen mayor importancia que en la lucha en las llanuras, y esos matices, en la carta, no se pueden apreciar. Frecuentemente ésta y la realidad ofrecen en la montaña discrepancias, que pueden ejercer para el mando decisiva influencia y, en tales casos, únicamente la inspección ocular puede darnos la base que garantice el éxito de las operaciones. La ocupación de un punto puede parecer, en la carta, necesario, y sin embargo, empeorar realmente la situación táctica si las bajas que ha de costar no guardan relación con la ventaja alcanzada.

Los Vosgos son, para los alemanes, menos conocidos que las demás montañas de su tierra, pero a ninguna de ellas ceden en hermosura ni en riqueza

la frontera, lograron conservar tan sólo una faja de terreno muy estrecha. La línea de combate alemana penetra en territorio francés al N. O. de Holmar. Como en todo el frente occidental, las operaciones en el Sur de Alsacia y en los Vosgos se han convertido, por ahora, en una lucha de posiciones cuya monotonía vienen a interrumpir algunas ofensivas aisladas. Ultimamente éstas se han desarrollado en los altos Vosgos, donde, paso a paso, vamos acorralando al enemigo contra la divisoria. Recordamos aún la toma de Hartmanusweilerkopf, y el alto mando, en estos días, nos da cuenta de combates victoriosos en Münster.

Los servicios prestados en esos combates, por nuestras tropas, están por encima de todo encomio.—No se trata de avances lentos bajo tierra, por zanjas, trincheras, zapas y minas, en terreno que ofrezca enlaces y que abarque la vista en su conjunto.—Los altos Vosgos son más bien montañas quebradas, cubiertas por densos bosques, y en las cuales solamente establecen comunicaciones transversales con la

frontera francesa, algunos valles escasos que desde el Rhin se dirigen hacia la divisoria. Innumerables valles y vallecillos laterales convierten el terreno en un enjambre de colinas que dificultan las comunicaciones y que, a veces, oponen a las operaciones militares obstáculos insuperables en toda la extensión de la palabra.

Las carreteras y los caminos son fáciles de defender y esta circunstancia obliga, a quien emprenda el ataque, a separarse de ellos y a abrirse paso por las laderas escarpadas. Guijarros y árboles, abatidos por los años o por el fuego de la artillería pesada, cubren las pendientes y cada peña que se desprende constituye, al rodar, una amenaza de muerte. En la parte baja de la montaña se hunden los pies en la blanda nieve, mas arriba sólo con zapatos herrados se consigue avanzar, muy lentamente, por las heladas vertientes. Tales ejercicios, ya desde el punto de vista deportivo, constituyen una verdadera prueba. Pero el soldado alemán, en esta lucha de invierno en los Vosgos, tiene enfrente un enemigo hábil y resuelto que no sólo le hace fuego desde posiciones dominantes y bien escogidas a media ladera, sino que, oculto en las oscuras copas de formidables pinos, invisible le acecha y le hace objeto de sus certeros disparos.—Esos «tiradores en los árboles» suben con hierros a las copas más altas, se sujetan fuertemente en ellas y, con ramaje, se ocultan a la vista desde abajo.—Son pocos los que bajan con vida, pues esas argucias de guerra no encuentran, con razón, cuartel a los ojos de nuestros soldados. Aun después de tomada la divisoria suele ser imposible construir una posición, porque el suelo es de roca y un muro de piedras y de peñas tiene que proporcionar una protección deficiente contra el enemigo que, de nuevo, se ha hecho fuerte en la siguiente altura.

Esas eran las condiciones en que hubieron de reñirse los combates al N. y al S. de Münster desde el 19 al 23 de febrero y en los cuales tomaron parte, en defensa de la Alsacia, soldados de casi todas las regiones del Imperio.

La pequeña ciudad de Münster está situada en el pintoresco valle del Fecht por el cual el ferrocarril y la carretera de Holmar a Gerardmer trazados en la falda francesa de los Vosgos, atraviesan el conocido paso de la Scklucht, constituyendo una de las comunicaciones transversales más importantes de los altos Vosgos.—Münster se hallaba en poder de los alemanes, pero los franceses ocupaban las alturas inmediatas que se alzan al N. O. y al S. O. de la localidad, desde las cuales sus «tiradores en los árboles» producían en nuestras trincheras efectos poco agradables.—Se hizo notar particularmente uno de estos tiradores ocultos.—Nuestros soldados le bautizaron con el nombre de «Augusto» y, en el lugar que ocupaba, se encontraron 30 latas de conservas, prueba evidente de lo que pueden aguantar en sus puestos esos tiradores. Las posiciones alemanas, situadas inmediatas y al N. y al S. de Münster, estaban dominadas por las francesas que batían tanto las localidades situadas en lo alto del valle como la carretera de la Scklucht, de importancia como comunicación de retaguardia. Por ello se consideró necesario cambiar de posición para situarla en mejores condiciones tácticas.—Conocía el mando las dificultades

de la empresa, pero sabía también que las tropas conseguirían vencerlas.—Prisioneros franceses confesaron, más adelante, que no habían creído en la posibilidad de un ataque.

En torno de los combates reñidos en agosto de 1870 en el Gaisberg y en las alturas de Spichervn ha creado la Historia una leyenda romántica. Los asaltos de Barrenkopf, Kleinkopf y Reichsackerkopf representan esfuerzos de incomparables dificultades. Tropas bávaras y wurtemberguesas, de infantería y de zapadores, realizaron esa empresa en los días 19 y 20 de febrero.

El 19 de febrero la posición alemana pasaba desde el N. de Münster por Haslach, Genesungsheim, Franenackerkopf, y luego, en un amplio arco de círculo, hacia el E. hasta Lingekopf mientras que, en el S. de la localidad, iba desde Ober Solberg a Klein Belchen. El valle comprendido entre Münster y Stossweiler (situado un kilómetro al N. O.) dividía la zona de ataque en dos sectores naturales. Era de esperar que los franceses defendiesen, con tenacidad, Stossweiler, que cierra el valle, y esa suposición fué confirmada más adelante por unos prisioneros.—Por ese motivo se acordó dirigir el ataque, por el monte y por ambos lados de la carretera, a fin de envolver a Stossweiler y obligar, de ese modo, a que fuese abandonado.

A los combates de Münster habían precedido ataques alemanes en el valle de Gebweiler que habían hecho retroceder varios kilómetros al enemigo. Se emprendió, desde allí, el avance contra el valle (superior) del alto Fecht, empresa que ofreció muchas dificultades por la nieve que cubría unas alturas que alcanzan a 1,100 metros y por las cuales habían tenido que abrir caminos las tropas de patinadores.

El ataque empezó en toda la línea en las primeras horas del día 19 y lo emprendieron bávaros y wurtembergueses.—Ya en el curso de la mañana se apoderó la landwehr wurtemberguesa de los montes que lindan por el O. con Münster y del Al-Hörnlesskopf.—Entretanto las tropas del sector meridional del valle del Fecht sólo conseguían lentamente ganar terreno en las laderas del Reichsackerkopf y del Sattelkopf.—Se reñieron combates violentísimos en el sector N., en el cual se destacan, como fortalezas naturales, Barrenkopf y Kleinkopf.—Allí se batieron de una manera extraordinaria un regimiento bávaro y fuerzas de landwehr wurtemberguesa; los bávaros eran soldados nuevos que entraban en fuego por primera vez, pero que hicieron alarde de un valor y de una resistencia a la altura de los batallones más avezados.—Con la pala en una mano y el fusil en la otra, con zapatos herrados en los pies tenían que trepar por unas laderas casi verticales, vistos y batidos constantemente desde las alturas y por los «tiradores en los árboles».—Cinco veces subieron aquellos valientes a las alturas escarpadas y otras tantas les obligó a bajarlas el fuego violentísimo del enemigo. Pero siempre volvían a reunirse en el camino que, cortado a media ladera, ofrecía algún amparo y en el que hubieron de pasar una noche tremenda.—Al segundo día (el día 20) se apoderaron de la divisoria, después de un sexto y encarnizado ataque. Quedaron, en las filas, muchos claros de oficiales y tropa; un jefe de batallón que pre-

cedía a su gente, cayó cuando arrojaba una granada de mano en la posición francesa. En esa posición y detrás de ella en la opuesta ladera se veía la tierra blanca sembrada de figuras oscuras. Eran los cazadores alpinos que habían sucumbido allí; pocos fueron los que, huyendo, salvaron sus vidas.—En los Alpes franceses se encuentran esos cazadores como en su casa y la guerra de montaña es su elemento verdadero; cada uno de ellos es un experto tirador.

Con estas sobresalientes condiciones de tan peligroso enemigo es más de estimar la labor de las fuerzas nuestras que atacaron, fuerzas compuestas de soldados bisoños y que además no proceden de la montaña. Cinco días, con sus noches, pasaron al raso en posiciones cubiertas de nieve y alimentándose con el pan y las conservas que habían llevado. Hasta el día 23 de febrero no quedó la situación despejada y en poder de los alemanes toda la posición que había sido objeto del ataque.

En el pueblo de Stossweier se desarrollaron los hechos de una manera particular. El 21 de febrero, tercer día de combate, en vista de que el enemigo no abandonaba el pueblo se decidió tomarlo por asalto.—Caballería bávara, landwehr wurtemberguesa y landsturm de Baden avanzaron por el valle contra el frente oriental del pueblo, y casa por casa, lo tomaron después de un encarnizado combate. Pero la situación de este destacamento fué muy comprometida porque el enemigo tenazmente, conservaba el pueblo de Kilbel y las laderas que se alzan al N. y al S. y desde allí sus fuegos batían la comunicación con Münster.—Vino entonces la artillería en auxilio del destacamento, impidiendo a los cazadores alpinos que siguieran en Kilbel y facilitando a las fuerzas inmediatas el avance por las alturas que dominan a Stossweier por ambos lados.—Kilbel fué tomado en la madrugada del 23 de febrero y así quedó establecido el enlace de la nueva línea de Barrenkopf y Kleinkopf hasta Reichsackerkopf y Sattel pasando por Eichwald. El objetivo de los cinco días de lucha se había alcanzado y, con el auxilio y bajo la dirección de los zapadores, empezó nuevamente el trabajo con el pico y la pala, trabajo importantísimo en los bosques por cuanto su espesura favorece a las sorpresas y trabajo muy difícil cuando hay que hacerlo en la roca. Lo que a los fosos falta en profundidad hay que suplirlo en altura por muros de piedra penosamente contruídos y cubiertos de tierra, y en algunos sitios cabe tan sólo sustituir la desenfilada directa por la obtenida mediante un acertado trazado de la trinchera de tirador. Algunas obras que construyeron los alpinos con esmero, prestan hoy buenos servicios después de haber sido reforzadas en el nuevo frente y después de haberlas limpiado por completo.

El resultado de esos días de violentos combates fué de unos 800 muertos franceses, 600 prisioneros y varias ametralladoras. En cuanto al material restante, el botín no se ha podido precisar aún de una manera definitiva en aquel terreno tan cubierto.

«En los Vosgos tomamos por asalto la posición principal enemiga en las alturas al E. de Sulzern en un frente de dos kilómetros, así como Reichsackerkopf al O. de Münster... En la región al S. E. de Sulzern tomamos Hohrodberg... Horod y Stossweier se tomaron, después de un combate, Sattel al N. de

Mühlbach por asalto...»—Así dicen las referencias del alto mando sobre los combates de Münster.—De los que las hayan leído, pocos habrán visto en ellas todo el obscuro heroísmo de los soldados nuestros que están de guardia en la frontera de los Vosgos.

Traducido por
GRAVELINAS

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

Los cuáqueros

(El señor A).—¿Qué dirá ahora el Kronprinz, don Subrio? ¿Se dará con un canto en el pecho?

—No me extrañaría; cosas más raras hacen, si es verdad lo que cuenta la prensa francesa.

(El señor A).—Tanta alharaca y tanto bombo, para fracasar luego en Verdun: porque supongo que admitirá V. nuestro triunfo, palmario, evidente, incontestable.

—Efectivamente: cuatro líneas de posiciones perdidas, item más, un fuerte acorazado; item, siempre más; 18.000 prisioneros ilesos, 115 cañones y 162 ametralladoras. Tienen ustedes razón para mostrarse satisfechos: creían perder la vida y sólo han perdido un par de huesos.

(El señor A).—Ya ve V., a pesar de los vigorosos ataques alemanes y nuestra inferioridad de medios...

—¿Desde cuándo? Se hartaban ustedes de decir que tenían 1.200.000 hombres más que los alemanes en el frente occidental; que su artillería era superior en número e igual en calibres; que las municiones fabricadas eran en número incontable... ¿Dónde está esa inferioridad de medios?

(El señor A).—Lo dice no recuerdo qué crítico militar en no sé qué periódico francés, y cuando él lo dice con su cuenta y razón será, y no a humo de pajas.

—Es verdad: cuando tocan a pelear, el enemigo es más fuerte; en los períodos de reposo, es más débil. ¡Cuántos calvos debe de haber entre los Pirineos y el canal de la Mancha!

(El señor A).—Rechazamos todos los ataques de la infantería enemiga, que llegaba en grandes masas y era destruída totalmente por el fuego de nuestras ametralladoras y fusiles...

—Recuerdo el cuadro: había tantos muertos alemanes, que como no cabían en el suelo, tenían que quedarse de pie, después de fallecidos. El espectáculo era tan espantable que, es claro, los franceses se impresionaban y a paso lento evacuaban sus posiciones...

(El señor A).—Si evacuamos algunos pequeños elementos de trinchera, fué a consecuencia del tiro de la artillería enemiga; los ataques fueron invariablemente rechazados...

—Pues, diga V. que los alemanes son tontos, porque si les bastaba su artillería para que ustedes evacuaran aquellos pequeños elementos de 200 kilómetros cuadrados, no sé por qué exponían a sus infantes al fuego de los 75, ni por qué los enviaban al asalto.

(El señor A).—Es decir ¿que V. negará el heroísmo del defensor, y su pujanza?

—Aquí no hablamos del ejército francés, sino de lo que cuentan los periódicos. Me he echado al cole-

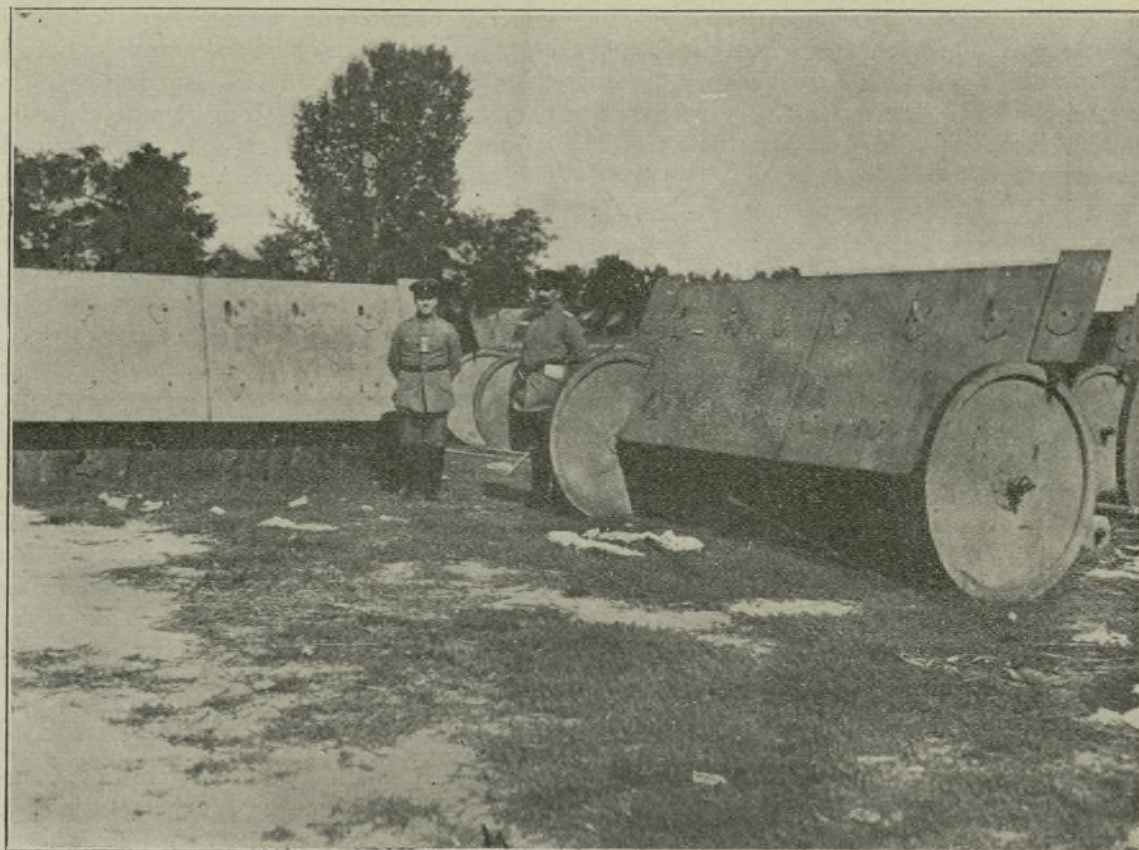


Bendición de un monumento erigido a los muertos alemanes y franceses



La plaza de la Bolsa, en Bruselas

Ayuntamiento de Madrid



Escudos rusos, de acero, conquistados en Nowo-Georgiewsk



Fugitivos serbios al volver a sus hogares

Ayuntamiento de Madrid

to una docena de ellos, y de todos he deducido la misma impresión: sin excepción, fueron repelidos todos los ataques de los alemanes, a pesar de lo cual las líneas francesas han ido retrocediendo; a esto se llama arte de birli-birloque en España, y en Francia literatura defensora del derecho a la retirada y de la libertad de evacuación.

(El señor A).—Era de esperar lo acontecido, porque con un general como Petain...

—Bien le han puesto ustedes en ridículo. Para elogiarle, no se les ha ocurrido más que recordar que el general, con sus buenos sesenta años, desafió a un sargento a un campeonato de saltos sobre una zanja. ¿No sería en previsión de lo que puede ocurrir? Ya sabe V. la importancia que Napoleón daba a las piernas; en estos tiempos de obscurantismo y de Barrés es bueno conservar la facultad de hacer buen uso de las extremidades inferiores.

(El señor A).—Se burla V. de Barrés y es V. peor que él. Si el uno exagera, V. exagera mucho más. Lo cierto es que los alemanes no se han apoderado de Verdun.

—Hoy, 6 de marzo; no sé lo que sucederá el 20, pero lo presumo. Son testarudos como teutones, y no han adquirido aún uno de los dones de la civilización occidental: el de la transigencia. Ustedes son más transingentes, menos tozudos, ¿no es verdad, señor A?

(El señor A).—Además, que esa ofensiva nos ha sorprendido. Se ha adelantado a la nuestra, y sólo por este motivo el atacante ha conseguido algunas ventajas insignificantes. En mayo proyectábamos una ofensiva general en todos los frentes, simultánea, resuelta, a fondo; los alemanes se asustaron y se han anticipado, sin reparar en el sacrificio de sus soldados.

—Siendo así, están ustedes de enhorabuena, y me extraña que no rebozen de satisfacción; porque los alemanes les hacen el juego: se inutilizan ahora, y cuando ustedes ataquen ya no tendrán fuerzas que oponerles. Lo malo es que de esta novela se han hecho ya tres ediciones. Después de cada costilla rota, se anuncia una ofensiva para dentro de seis meses; plazo poético y que suena bien al oído, pero que nunca llega.

(El señor B).—Ya llegará, don Subrio, tenga V. paciencia, si sus nervios se lo permiten.

—Quienes no la tienen son los ingleses de Inglaterra. ¡Qué temperamento tan tropical! ¡Resultar ahora que hay allí una peste de hombres casados de menos de veinte años! ¿Por qué será eso?

(El señor B).—Las costumbres británicas son muy morigeradas, de modo que...

—¡Ta, ta! ¡A otro perro con ese hueso! ¿No tiene V. idea de la promesa que se hizo a los casados, diciéndoles que no irían a la guerra hasta que se agotasen todos los solteros? De la noche a la mañana, desaparecieron los solteros. Es chistosísimo el *humour* inglés, que no es precisamente el amor a las balas. Y no hablemos de los cuáqueros, porque *sai-nete* igual no se ha escrito.

(El señor B).—Tendría que ver que los sacerdotes y religiosos fuesen enviados a la guerra.

—Dése V. un paseito por Francia y verá esa muestra de *fraternité*. Pero no se trata de sacerdotes, sino de carboneros. Oigan ustedes lo que refiere un

periódico inglés acerca del interrogatorio a que fué sometido un mozo de una carbonería, que alegó escrúpulos de conciencia para ingresar en el ejército cuando fué convocado. La historieta es divertida y hará mucha gracia al señor A. «El representante militar: ¿Cree V. que los cuatro millones de hombres que están en el ejército están en pecado mortal o son indiferentes a las enseñanzas de la Biblia?—El carbonero: a mí, sólo me incumbe lo de mi conciencia.—El representante: Si alguien tratara de matar a su madre, ¿qué haría V.?—El carbonero: Seguiría fiel a mis principios. Me interpondría entre el agresor y el objetivo del ataque.—El representante: Supongamos que aquel tuviera un revólver y que V. se colocara entre los dos; ¿qué ocurriría?—El carbonero: Yo no sacrificaría mis principios.—El representante: Si alguno le pega en una mejilla, ¿le presentará V. la otra?—El carbonero: Hablamos de la vida exclusivamente; ahora, si un hombre merece un estacazo, se lo aplicaré de buen grado. Yo sólo me opongo a privar de su vida a las demás, sean amigos o enemigos».—¿Qué les parece el pollo? Guerrero no será, pero lo que es ocurrente...

(El señor A).—¿Sabe V. lo que hicieron con ese carbonero?

—Gomo se oponía a pelear, creo que lo han enviado a Salónica, porque la conquista de Grecia no requiere el empleo de armas, sino de dietas y purgas, ¿no es verdad?

(El señor B).—Una golondrina, don Subrio, no hace ni hará nunca verano.

—¿Se puede saber qué clase de apoyo están ustedes prestando a los franceses? Mientras éstos ganan victorias en Verdun, ustedes están entregados a contar los aviones alemanes que vuelan en Flandes, que equivale a decir que están ustedes mirando a la luna. De ahí colijo que altos y bajos, casados y solteros, ingleses, en general, son unos perfectos cuáqueros, por lo menos para los franceses.

(El señor B).—¡Cuán profundo desconocimiento de la realidad encierran esas palabras!

—Lo dice V. de un modo, que casi me impresiona. Preveo que Repington anda por medio.

(El señor B).—Los franceses se batieron heroicamente en las posiciones de Verdun...

—Mientras los rusos matan turcos en el Cáucaso y moscas en Europa, y los italianos conducen quintales de mercancías en el Adriático y ponen parches en el ojo de Annunzio. ¡Ahí es nada lo del ojo! ¡Pobre poetastro, o sea astro-poeta! Ahora sí que podrá decir que la broma le ha costado un ojo de la cara. Compadezco a los portugueses, con su batalla naval de Lisboa y todo, porque Camöens ya no será nada al lado de Annunzio, que ha escalado la inmortalidad a costa de su ojo derecho. ¡Lo que tendrá que contar de esta guerra!

(El señor A).—La verdad es que no se ha divertido V. poco a expensas de Annunzio.

—¡Si fuera yo sólo! ¡Tan guapo y seductor! Primero perdió el pelo y ahora el *ochio*; a esto se exponen los salvadores de la patria; y gracias que conserven el pellejo, que no es poco. Pero, me he distraído: quedábamos en que los rusos y los italianos se divierten solos, aunque bailan acompañados y al son que les tocan; ustedes, mi excelente señor B, ¿siguen preparándose?

(El señor B).—Los franceses y nosotros nos hemos repartido la labor. Ellos dominarán a los alemanes en tierra y nosotros en el mar. ¿Ibamos a gastar nuestras energías en los campos de batalla? Cuidaremos de la libertad de los mares y estrecharemos el bloqueo de Alemania.

—Y ¿para qué quieren ustedes la libertad de los mares, si están vacíos y desalquilados? ¡Menudo favor les han prestado a ustedes los corsarios alemanes! Casi ha cesado la navegación, y así pueden dedicarse las naves de guerra a un descanso tan dulce como el de los ejércitos de Kitchener. ¡Cuán felices serían ustedes si no fuera por el coco de las ciudades y el de los puertos!

(El señor B).—No tememos a nada ni a nadie. Inglaterra es fuerte y omnipotente.

—Si estuviéramos en London, para que enmudeciera V. me bastaría decirle al oído: ¡Que viene el zeppelin!; pero como anda V. en negocios de barcos, hay otra palabra mágica que conoce V. muy bien. Así como los franceses se ponen verdes en cuanto oyen decir *Verdun*, a ustedes se les va la cabeza cada vez que se les grita: ¡Que viene el *Moewe*! Al oír esta blasfemia, se ponen ustedes perfectamente cuáqueros.

SUBRIO ESCÁPULA

DETALLES DE LAS BATALLAS DE VERDUN

Copiamos de *The Times* los siguientes interesantes detalles, que le transmitió su corresponsal en Francia, de las primeras batallas al N. de Verdun:

El viernes, 25 de febrero, por la mañana, la tormenta de nieve que había pasado sobre París llegó al campo de batalla, sin conseguir detener el desarrollo del plan alemán. La artillería desplegó inusitado vigor, y los ataques de infantería, contra las alas francesas, se ejecutaron sin reparar sacrificios; al expirar el día, las dos alas francesas fueron empujadas hacia atrás, y comenzó el ataque contra la gran posición de Douaumont.

Al contrario de lo que se esperaba, a medida que se desenvolvía la batalla se iba haciendo más pequeño su frente. El 26 se creía que el incesante fuego de la artillería desde la margen occidental del Mosa, sería seguido por asaltos de infantería. No sucedió así, y en la orilla derecha del río se concentró la más intensa acción, que tomó la forma de un desesperado combate en el frente que corre desde el N. de Louvemont al E. de Douaumont, en la cual aldea la batalla alcanzó ayer su punto culminante. Douaumont vió lo más crítico del combate del 26, y toda Francia está ansiosa por lo que puede ocurrir allí, esperando que sobrevenga un cambio en la lucha.

En los últimos cinco días los franceses han sido rápidamente empujados hacia atrás. Abandonaron, primero, la línea irregular de trincheras que ganaron en los combates parciales del último año. Después, se retiraron de la línea que pasa por Brabant, Haumont y el bosque de Caures; Beaumont fué tomado, y retrocedieron desde la línea que corre por Samogneux, Beaumont y Ornes, a la de Champneuville, Louvemont y Douaumont. Por primera vez, se

puso en jaque a las grandes y principales posiciones defensivas que defienden a Verdun.

El ataque contra este gran muro se pronunció en tres direcciones. La derecha siguió la línea del Mosa, con su flanco protegido contra un ataque de infantería por el río, pero expuesto al fuego de enfilada de las baterías francesas de la orilla izquierda. El centro, en acción combinada, convergente, avanzó desde la región de Beaumont hacia Louvemont; y la izquierda desde el bosque de la Vache hacia Douaumont.

Este último ataque fué el más enérgico. Evidentemente, el enemigo esperaba romper la barrera, y en verdad lo consiguió en el asalto final, ejecutado por la flor del 24.º regimiento brandenburgo, que se apoderó del borde de la meseta coronada por el fuerte, que hacía tiempo había dejado de tener valor militar...

Después de una serie de empeñados ataques, la cota 345, delante de Douaumont, fué finalmente tomada, y la sangrienta ola humana se aferró en la base de la altura de Douaumont. Los ataques de infantería se sucedieron en las laderas, siempre rechazados por el mortífero fuego de la artillería francesa, hasta que al séptimo empuje el 24.º regimiento de Brandeburgo llegó a la cresta y al fuerte que la domina.

Un famoso cuerpo francés que, como la Guardia prusiana, siempre se encuentra en el punto de mayor peligro, realizó enseguida una serie de contraataques, y al anochecer la posición de Douaumont estaba de nuevo en poder de los franceses, que repelieron todas las tentativas del enemigo para desalojarlos de allí.

El mismo vigor de sus contraataques, aseguraron a los franceses el mantenimiento de sus líneas en Champneuville y las posiciones de los altos de Poivre.

Entre tanto, en el frente E. de Verdun, que forma un arco desde Ornes a Hennemont, los franceses procedieron a una retirada igual a la del frente Norte. En éste la llevaron sin duda a cabo bajo la presión del enemigo, que impuso el retroceso de las tropas francesas a las principales defensas. En el frente oriental, parece que no ha habido tal presión, sino que ha sido consecuencia de lo que ocurría en el Norte.

Las posiciones al E. de Verdun, constituidas por las trincheras de los llanos del Woewre, quedaban expuestas al fuego de artillería de los dos bandos. Desde los altos del Mosa, esta región aparece admirablemente hermosa. La línea francesa ha retrocedido al pie de aquellos altos, que ahora forman el centro del poder de resistencia de Verdun.

El terreno así abandonado es de considerable extensión, pero la libertad de la maniobra francesa está indicada por el hecho que, como en el caso de la evacuación de Gallipoli, el enemigo sólo se dió cuenta del movimiento 16 horas después de efectuado. No anunciaron la persecución sino cuando el mando francés hubo anunciado el repliegue.

La nieve está cayendo copiosamente sobre todo el campo de batalla al E. del Mosa; el enemigo está más quieto (día 27), dejando las alturas de Talou y Poivre en paz, y limitando su actividad a fuertes ataques en los alrededores de Haudromont, este de

Poivre y bosque de Hardaumont, Este de Douaumont, cada uno de cuyos ataques ha fracasado bajo el tiro de la artillería y ametralladoras francesas y de enérgicos contraataques.

El primero de ellos, arrojó a los alemanes de su costosamente ganada posición de Douaumont. El éxito de estos contraataques demuestra el poder de resistencia de las defensas de Verdun, y justifica las esperanzas de Francia de que, con la llegada del enemigo ante los baluartes de Verdun, han terminado sus avances.

La situación es extremadamente seria, pero los últimos combates parecen justificar la confianza francesa en la estrategia del cuartel general que, como en la batalla del Marne, no es indudablemente del todo voluntaria, pero que, como en aquel combate decisivo, consiste en retroceder sobre el principal centro de defensa y permanecer en él, con la posibilidad de que el éxito enemigo se trueque en fracaso.

Que los éxitos del enemigo son considerables nadie se atreverá a negarlo, pero hay que ver aún si los podrá aprovechar. No ha conseguido su primer objetivo de romper la línea francesa, y está muy lejos todavía de su principal propósito, que

es la conquista de todo el saliente de Verdun...

Es imposible decir, ni aun aproximadamente, la cantidad de tropas empeñadas por los dos bandos al pie de los cañones de Verdun, pero ha sido establecido por los prisioneros que entre las tropas que atacan el frente francés están los cuerpos 3.º, 15.º y 18.º y el 5.º de reserva. Un prisionero ha sido hecho perteneciente a un batallón de zapadores que está equipado con *Flammenwerfer* para el combate con líquidos incendiarios, y puede arrojar un chorro de fuego a unos 30 metros de distancia.

Última hora. La situación, a última hora de hoy (27 de febrero) parece ser, en pocas palabras, que no han vuelto a atacar los alemanes más que, muy violentamente, contra la altura de Douaumont, cuya cúspide está aún en manos de un destacamento enemigo. Este elemento de las fuerzas alemanas se encuentra rodeado ahora por tres lados, toda vez que los franceses, en su contraataque, han avanzado a los dos lados de Douaumont, sin conseguir, empero, reconquistar la cresta de la posición. Más al O., la altura de Talon se ha hecho insostenible, por disparar contra ella las dos artillerías.

La situación, por consiguiente, continúa siendo crítica.

CRÓNICA MILITAR

I. La causa de la multiplicidad de esfuerzos de los aliados.—II. La resolución contra la prudencia.—III. Verdun y las futuras operaciones.—IV. La situación el 12 de marzo

I.—La causa de la multiplicidad de esfuerzos de los aliados

Los fríos, las nieves y el mal tiempo, que se alegan para justificar la inactividad rusa, no impidieron una perseverante y vana ofensiva de cuatro semanas, en diciembre y enero, en el frente de Galizia y Bukovina. No es más rigurosa la temperatura en el Isonzo que en Verdun, y en las costas de Albania se goza ya de la primavera. Los ingleses anunciaron hace poco tiempo el traslado a Flandes de algunas nuevas divisiones, cuyo empuje no se ha traslucido todavía. Y mientras rusos, italianos e ingleses permanecen a la expectativa, luchan fieramente los franceses en la región de Verdun. El caso no es nuevo, porque lo mismo les ocurrió a los rusos en la primavera y verano del año pasado; tampoco ha de sorprender demasiado, dada la heterogeneidad de las alianzas y la diversidad de intereses de las partes. Más extraño es que la falta de unidad en la acción se observe dentro del mismo frente—el occidental—y tratándose de los aliados—Francia e Inglaterra—cuyos Gobiernos y cuarteles generales están en continua comunicación. Pero lo más peregrino es que ninguno de los cuatro aliados haya sabido comprender exactamente la situación en que se encontraba, y menos aún presumir la que podría crearse en cualquier momento a voluntad del adversario.

Rusia, que difícilmente se sostiene en el frente europeo, desarrolla una campaña de invasión en Armenia y Persia. Esas operaciones, en país hostil,

dotado de malos y pocos caminos, obligarán a enviar al Cáucaso continuos refuerzos y material de guerra, con menoscabo de la potencia que se podría obtener contra los austro-alemanes; cualquier nuevo revés en Curlandia, Polisia o Volinia, anulará todas las ventajas que puedan ganarse en Armenia, y producirá más daños al pueblo ruso que beneficios le reporten los avances en el Cáucaso, porque el tratado de paz se basará en lo que haya ocurrido en Europa y no en los combates que se libran entre los mares Negro y Caspio. Rusia tiene soldados para la guerra en los dos teatros, pero no oficiales, ni material, ni municiones. No obstante, antes de tener la seguridad de que su línea resistirá los ataques austro-alemanes, se debilita emprendiendo expediciones lejanas.

Inglaterra tiene inactivo un numerosísimo ejército en Egipto, la tercera parte del cual le habría abierto las puertas de Bagdad y puesto en sus manos toda la Mesopotamia. Tanto en Egipto, como en Mesopotamia y en Salónica—y antes en Gallipoli—hay tropas británicas, que en conjunto suman cerca de un millón de hombres, frente al enemigo más débil, mientras la flor de su ejército se marchita y agota ante las líneas alemanas. Venciera a Alemania y lo demás se le daría por añadidura; si es derrotada en el teatro principal, pueden muy bien resultar estériles cuantas ventajas haya adquirido en los secundarios.

Del mismo modo, Italia, que no ha sido capaz de vencer la resistencia de los austriacos, destacó tropas a Durazzo y Valona; de Durazzo fueron arrojadas sin gloria; no es de creer que la ganen las de

Valona. La escuadra, queriendo dominar todo el Adriático, se dispersó y ha sufrido graves contratiempos, sin apenas causar daños al enemigo.

Se jactaban los franceses de que eran más fuertes que los alemanes en el O, que el invasor estaba definitivamente reducido a la defensiva, y que en la ya próxima primavera lo arrojarían a sus fronteras. Seducidos por una engañosa confianza y no escarmentados por lo que les aconteció en Gallipoli, emprendieron la expedición a Salónica, donde, si es cierto lo que dicen, han concentrado cerca de 300,000 hombres, inactivos, cruzados de brazos, tenidos en jaque por el espantajo austro-húngaro-alemán agitado de vez en cuando por las agencias interesadas en que aquel ejército no tome parte en las operaciones decisivas, que no será ciertamente en Macedonia donde se refirán. ¡Qué lamentable expedición esa de Salónica y cuán profundo error cometieron los aliados, según saben mis lectores! Se arrepienten ahora en Francia, pero ya es tarde para reparar el desacierto; las tropas de Sarrail están haciendo falta en el frente occidental y no se puede ni se podrá contar con ellas; espontáneamente, sin excitación ajena, los franceses se han debilitado a sí mismos, como antes los ingleses, los rusos y los italianos.

Ninguno de los cuatro aliados ha hecho cuanto podía y debía para ser lo más fuerte posible en el lugar principal. Quienes pretenden justificar la división de esfuerzos, atribuyéndola al intento de ayudar a uno cualquiera de los aliados, debieran recordar que el apoyo se presta mejor de otra manera: concertando la acción de los ejércitos, para que los ataques y las operaciones, en general, sean simultáneas y armónicas en los diversos teatros.

Este es el cuadro que presenta la Cuádruple alianza: no ha habido unidad en sus planes ni en los movimientos de sus tropas; y dentro de cada nación, tampoco se ha observado el principio de la reunión de esfuerzos, que ha sido reemplazado por la dispersión de objetivos. A estas equivocaciones, se agrega el defecto de la falta de perseverancia y el pecado de no corresponder los medios y los preparativos a los propósitos.

Todavía a últimos de febrero se persistía en ese concepto funesto de la guerra. Como si el enemigo no hubiera dado mil pruebas de poseer cualidades de dirección y voluntad, que no han resplandecido en el campo de los aliados, se proyectaba cándidamente una ofensiva general para el mes de mayo. Era el medio más indicado para que los imperiales tomasen, como siempre, la iniciativa, y descompusieran el andamio antes de que acabara de estar montado. Lo más grave es que los golpes de los austro-alemanes les cogen constantemente por sorpresa. Se diría que los ejércitos de los cuatro aliados son tan premiosos en la preparación de cualquier plan, que no han llegado todavía a llevar a la práctica ninguno de resultados positivos; y, lo que es peor, no han logrado organizar la dirección de las tropas de manera que éstas respondan instantáneamente a lo que demandan las circunstancias del momento; lo mismo en Francia que en Rusia, basta que el enemigo ataque en un punto para que se paralice la actividad en todo el resto de la línea. No es un duelo en que a la parada sigue la estocada; parece más bien un ejercicio en el que el uno ataca y

el otro se defiende, porque no ha aprendido otra clase de esgrima que la de protección; si por ventura ensaya el ataque, sale malparado y ha de volver a la guardia. Y como la primera materia es buena en los diversos ejércitos, ha de concluirse que el motivo de la inferioridad de los aliados es la falta de confianza en sí mismos, de donde se origina que las voluntades que los mueven no son capaces de soportar el choque con las más enérgicas de sus adversarios. Es muy propio de los temperamentos débiles acometer muchos trabajos a un tiempo y no rematar ninguno; los espíritus fuertes, más limitados en sus fines, no desmayan hasta haber realizado su labor, superando todo linaje de dificultades. A esa blandura de los aliados ha de atribuirse la multiplicidad y dispersión de sus esfuerzos.

II.—La resolución contra la prudencia

La mayor parte del terreno ganado al N. de Verdun y los más de los prisioneros hechos por los alemanes, lo fueron en las tres primeras jornadas. Aquellas batallas y las de Champaña tuvieron mucho parecido: avance irresistible en la primera fase, facilitado por la previa labor destructora de la artillería, e inmediatamente una pausa; las diferencias comienzan en este punto, puesto que el alto en la Champaña fué definitivo, mientras que en Verdun los ataques han continuado, aunque con menos violencia. Se dió como explicación de la paralización de la ofensiva francesa después de la ruptura de la línea enemiga, el agotamiento de las municiones, lo cual equivale a decir que el ataque fué insuficientemente preparado, pero con los ferrocarriles y los recursos de que disponen los franceses, a los cuatro, a los ocho o quince días estaban repuestos los parques y el ataque pudo continuar. En vez de esto, fueron los alemanes los que inmediatamente emprendieron la contraofensiva en pequeña escala, que les devolvió los puntos de la segunda línea que habían perdido y redujo la importancia del avance francés. Fuera la escasez de municiones, fuera lo elevado de las pérdidas sufridas, está fuera de duda que el ímpetu, el *élan*, desplegado por los franceses en Champaña, como en Artois, es vivísimo, casi incontrastable, en los primeros momentos, pero se extingue pronto. Las tropas, está probado, no pierden su capacidad combatiente; el mando—en lo que cabe apreciar desde aquí,—apenas ve detenido el avance, piensa en lo que hay detrás, se preocupa de lo que puede suceder más adelante, no quiere quedar desarmado el día de mañana y pone término a la ofensiva. La voluntad resulta supeditada a la prudencia, la resolución, lejos de ser inquebrantable, se somete a una previsión más o menos sana. No es esto lo que nos han enseñado los grandes caudillos en cuyas campañas está escrito y se aprende el arte militar. Sólo en la época de su decadencia Napoleón quiso ser previsor y prudente, en el sentido que estamos dando a estos vocablos, y se satisfizo con semi-victorias que le condujeron a la derrota. Cuando luchan dos ejércitos que están aproximadamente equilibrados, y el jefe de uno de ellos quiere reservar parte de sus medios, en previsión de sucesos futuros, y el jefe del otro los echa sin vacilar en la balanza, la victoria corresponde, nueve veces de cada diez, al último; el

primero podrá evitar el aplastamiento total e inmediato, pero será vencido un día y otro, concluyendo por quebrarse su voluntad y sobreviniendo la derrota final.

Este modo de conducirse no es propio del temperamento francés, ni corresponde a la escuela en que se ha educado su alto mando. Desde 1870 acá, y de un modo muy particular en los últimos años, procuróse infiltrar en el generalato las cualidades de audacia, arrojo y tenacidad, que se reconocían en el generalato alemán. Las mencionadas dotes brillaron, si bien débilmente, en los primeros meses de la guerra; después, se han ido extinguiendo.

El contacto con el ejército inglés debe de haber influido mucho en el fenómeno expuesto, porque Inglaterra no estaba preparada para una campaña en el continente, y sus generales, educados en la escuela colonial, no tenían noción exacta de la guerra en grande escala. Habrá contribuido también, sin duda, al mismo hecho, la insistencia con que se ha proclamado la obtención de la victoria mediante la prolongación de la guerra; esta idea se ha abierto paso en las multitudes y se ha adueñado de las clases más cultas; en el fuero interno de su conciencia, los profesionales, y menos aún el alto mando, piensan de seguro de un modo muy diferente, pero han de posponer sus propias convicciones a las ajenas; a pesar de ello, el mando asume, indefectiblemente, las responsabilidades y culpas de todo tracaso; he dicho varias veces, y lo repito ahora, que para juzgarle con equidad es menester tener presente la delicada situación en que se encuentra, que obligan a atenuar mucho las censuras que, de otro modo, pudieran dirigírsele.

Si fuertes son las bayonetas alemanas, más fuerte es todavía la voluntad que las mueve. Emprendida una operación, después de agotar los preparativos que están al alcance humano, no se desiste de ella sino cuando las fuerzas se agotan en absoluto. Es un axioma de la escuela alemana que, antes de llegar este caso, el enemigo se considerará derrotado; este principio ha tenido plena confirmación en la presente guerra, tanto por la energía de los imperiales como por la blandura de carácter de sus adversarios. Pareció por un momento que había concluido la ofensiva alemana contra Verdun, pero se está viendo que la decisión del alto mando es inquebrantable: hoy un pueblo, mañana una aldea o un bosque, el avance prosigue, lento y metódico. En el atacante se destaca el propósito de vencer, más que el de ganar terreno, mientras que en el defensor sólo se advierte el de resistir. Es un duelo en el que, si las armas son iguales, no lo son los objetivos de los combatientes. En las muchedumbres armadas que constituyen los ejércitos, la comunidad de sentimientos, la obediencia y la disciplina, son causa de que el modo de sentir del general se propague a los soldados más humildes, engendrándose lo que se llama espíritu colectivo, del cual ha dado repetidas y gallardas pruebas el ejército alemán. Recuérdense las circunstancias, en extremo críticas, en que se desarrollaron las primeras fases del movimiento envolvente emprendido por Mackensen contra el centro ruso, después de la reconquista de Lemberg; los rusos obtuvieron victorias que hubieran sido definitivas contra un enemigo menos resuelto y tenaz;

contra Mackensen, sólo fueron incidentes, contratiempos efímeros que no alteraron en lo más mínimo el resultado. Ahora se está repitiendo el mismo hecho en Verdun.

Hablando en términos vulgares, podría decirse que el mando de los aliados se mueve pensando más en el mañana que en lo presente, y que espera del tiempo y de otros factores que no están en su mano, la decisión final. El mando alemán se preocupa de hoy, persuadido de que de lo actual se deducirá lo del porvenir, y confía exclusivamente en sí mismo y en sus propias fuerzas. De aquí la prudencia del uno y la vigorosa resolución del otro. Hace tiempo que ambos sistemas se encuentran en pugna; sus respectivos resultados bien a la vista están. El uno o el otro yerran, pero está tan adelantada la guerra, que es muy difícil acudir con la enmienda, tanto más cuando no se siente.

III.—Verdun y las futuras operaciones

Con motivo de las batallas de Verdun se hacen cálculos por algunos críticos extranjeros sobre la fuerza del ejército que los alemanes han concentrado en aquella región, llegándose a cifras fantásticas, que luego circulan por la prensa no profesional. Hay quien pretende saber el número de divisiones alemanas en el frente occidental y su situación, datos ambos que de seguro no conoce a punto fijo el mando francés; y se supone que los alemanes han llevado a Francia en el mes de febrero unos 200.000 hombres de refuerzo, sin contar los que con el mismo objeto se han encaminado a Flandes. Dando por buenos estos cálculos y cifras, quedan en pie los que los mismos críticos hicieron no hace aún dos meses y de los cuales se deducía que los aliados tenían en el frente occidental una superioridad numérica de más de un millón de hombres. Sería tiempo perdido entrar en disquisiciones sobre este punto, toda vez que no hay base sobre que argumentar y sobre todo teniendo en cuenta que lo que importa son los hechos, y no los medios, al público en general. Lo único que viene al caso es recordar que los alemanes cubren muchos centenares de kilómetros en el frente ruso, tienen bastantes tropas en Macedonia y en la frontera rumano-búlgara, defienden sus líneas en el frente occidental y sostienen la ofensiva en la región de Verdun, es decir, que una parte de su ejército está ejerciendo la iniciativa en el Oeste hace tres semanas, contra todo el ejército francés y cerca de un millón de ingleses y belgas.

Este hecho, que a nadie se le puede ocultar, induce a creer que, si bien el interés principal de la guerra está ahora concentrado en Verdun, se preparan operaciones en otros sectores, los cuales, por consiguiente, no deben ni pueden desguarnecerse. Si los alemanes, como se pretende, hubieran reunido el grueso de sus fuerzas disponibles alrededor de Verdun, los franceses, que son más en número, habrían hecho a no dudar lo mismo o tomado la ofensiva a fondo en otro punto, rechazando al enemigo y obligándole a retirarse en la región de aquella fortaleza, o bien rompiendo sus líneas más al Oeste. No lo han hecho así, ni los alemanes parecen temer nada por la suerte del resto de sus líneas, de modo que en realidad las batallas de Verdun no se presen-

tan como el choque decisivo entre las dos masas de maniobra de los dos principales beligerantes, sino únicamente como la fase preliminar de otra maniobra de mayor vuelo y de resultados más trascendentes.

Según esto, para que la guerra de movimiento vuelva a ser posible en el Oeste, es necesario, a los alemanes, dislocar la línea general del ejército enemigo, y ya he dicho en otra *Crónica* que el lugar más propio para conseguir este resultado es el apoyo Este del frente francés, concretado en Verdun. Si cae esta fortaleza, un avance en el sector de Noyon, o en el Somme, o en último término en Artois, estaría muy indicado, en particular si coincidía con la rectificación que forzosamente habría de sufrir el frente general de batalla. Los franceses, por su parte, que no desconocen la posibilidad de lo apuntado, no llevan a Verdun el grueso de sus tropas, debilitando su situación en otras regiones, sino que acaso aguardan que sobrevenga la ofensiva enemiga general, para contraatacar a su vez, repitiendo en cierto modo lo que hicieron en el Marne. Verdun no es, pues, más que un incidente, todo lo importante que se quiera, pero que no marca ni puede marcar el fin de la guerra.

Lo que si se advierte es que al caer los alemanes sobre Verdun se proponen poner término a la guerra de trincheras, de modo que el ataque actual es sencillamente la fase preliminar de un nuevo período que nos llevaría a reanudar las operaciones activas, suspendidas cuando lo del Marne. Los franceses, que no quieren apartarse de su actitud expectante y prudente, de economía de esfuerzos, se limitan a la defensiva, y esperan que el invasor revele con toda claridad sus propósitos y comience a ejecutarlos, para contrarrestarlos. Entre tanto, se gana tiempo y se dan facilidades a Inglaterra para que complete sus preparativos militares, bastante atrasados.

Si los alemanes son rechazados en Verdun, tendrá que continuar la guerra algún tiempo en la misma forma que hasta aquí; si vencen, se precipitarán los acontecimientos, probablemente, y entraremos en la última etapa de este espantoso conflicto. No es Verdun lo interesante, sino lo que de allí pueda engendrarse.

IV.—La situación el 12 de marzo

Desde que el cañón truena en Verdun, la guerra parece haber huído de Europa. Se admite por todos que ha comenzado el último acto del drama, y todos reconcentran sus fuerzas y se preparan para la fase final. Si el año pasado fué Rusia la esperanza de los aliados, por entender que allí se estrellaría la pujanza alemana, ahora esperan que la resistencia francesa sea el dique donde perezca la fuerza impulsiva del Imperio alemán. Mientras sobreviene el desenlace en Verdun, los demás beligerantes se reservan para no comprometerse antes de tiempo en una lucha a muerte. Que esta conducta está reñida con las más elementales conveniencias militares, no hay que repetirlo; pero como hace muchos meses que estamos viendo que los principios militares andan por un lado y los hechos por otro, nos hemos acostumbrado a no sorprendernos de nada, por extraño que sea, y

lo es mucho la conducta de ingleses, rusos e italianos. Un caso análogo se dió el año pasado, cuando la terrible campaña en el Este, que tan desastrosa fué para los moskovitas.

Como quiera, reina calma en el frente oriental, en el austro-italiano y en el occidental, desde el Somme hasta el mar, salvo combates insignificantes en el sector de Ipres. De Albania no se han recibido noticias desde que los austriacos entraron en Durrës. Los ejércitos franco-británicos del general Sarrail continúan inactivos en Salónica, cuando tanta falta están haciendo en Francia, frente a algunas fracciones germano-búlgaras que, a manera de espantajo, se mantienen en la frontera griega, para hacer creer, con ayuda de la prensa, en una ofensiva inminente; no hay que decir, que si alguien no lo cree es el general Sarrail, bien informado de la situación.

Bien manejado asimismo el fantasma de la expedición a Egipto, sigue inmovilizado a los dos lados del canal de Suez y en la frontera libica el numerosísimo ejército que los ingleses llevaron allá hace algunos meses. Ciertamente es que con el que tienen en Francia podrían tomar la ofensiva en Flandes, si esto entrara en sus planes.

En un nuevo intento de romper las líneas turcas y acercarse a Kut-el-Amara, el general Aylmers ha sido derrotado, esta vez sin duda más gravemente que las anteriores, puesto que ha tenido que pronunciarse en retirada. Desde la derrota de Ctesifón han transcurrido tres meses y medio, plazo suficiente y sobrado para que los refuerzos turcos llegaran a Mesopotamia; si están presentes allí, parece extraño que se limiten a defenderse contra los ataques de Aylmers y a cortar el paso, y no caigan sobre él o contra su línea de comunicaciones. El mismo tiempo lleva sitiado el general Townshend en Kut-el-Amara, sin que los turcos hayan conseguido abatir su resistencia; como Townsend llegó a la plaza llevando los numerosos heridos de los combates de últimos de noviembre, es más admirable y digno de elogio su comportamiento y el de sus tropas. Posible es que por el Tigris, y valiéndose de algunos cañoneros acorazados, se mantenga en comunicación más o menos intermitente con el general Aylmers; con todo, las noticias que se reciben de Kut llegan por la vía radiotelegráfica, o al menos este origen se les atribuye en Inglaterra. El aplazamiento de la solución de la campaña en Mesopotamia, más favorece a los ingleses que a los turcos, dada la presencia de un fuerte ejército en Egipto y haberse desvanecido el peligro de una acometida al canal.

En Armenia prosiguen los éxitos de los rusos. Sin apenas oposición se han extendido por las provincias de Erzerum, Van y Bitlis, y lentamente avanzan hacia el Sur. Quedaba libre de este movimiento la región del litoral, protegida por la cadena montañosa que a modo de muralla se oponía a la rápida marcha de los invasores, pero éstos han desembarcado en varios puntos de la costa, a mitad de distancia entre la frontera y Trebisonda, sin tropezar tampoco con serios obstáculos; su objetivo debe de ser Trebisonda, cuya importancia comercial, si no política, supera a la de Erzerum. ¿Qué se ha hecho del ejército turco? Hubiera estado concentrado y sido destruido en Erzerum, y se comprendería lo que está aconteciendo en Armenia; pero los turcos

evacuaron aquella fortaleza sin esperar el ataque decisivo, y en su retirada no han sido alcanzados, que se sepa, por sus enemigos, abandonando enormes extensiones de territorio; y esas mismas tropas fueron las que invadieron las provincias rusas y durante más de un año contuvieron a los moskovitas en el O. y permanecieron más allá de la frontera en el Este. No se comprende cómo, súbitamente, y sin padecer una gran derrota, se han declarado batidas en toda la línea y no han vuelto a dar señales de existencia. La situación dista mucho de estar clara, y parece que deberá de relacionársela con las futuras operaciones en el frente ruso-germánico. Cuanto más se internen los rusos en la Turquía asiática, tantas más tropas necesitarán, con merma de las del teatro europeo. Por otro lado, aunque las noticias son muy imprecisas y sobre ellas no cabe fundar hipótesis que tengan las debidas garantías de acierto, la forma en que se está desarrollando la invasión parece denotar que los rusos, creyendo haber destruido toda resistencia, enderezan su acción a ocupar territorios antes que a derrotar a los ejércitos, esto es, que les anima un propósito de anexión más que militar. No deja de ser peligrosa su maniobra, por el vastísimo frente en que la realizan; cierto es que la escasez de caminos no se presta a que un ejército turco de socorro caiga rápidamente sobre un punto determinado, pero aquella misma circunstancia se opone a que los rusos reúnan en poco tiempo sus tropas en donde los acontecimientos lo demanden. A mi juicio, esta campaña de Armenia puede darnos alguna sorpresa, si los rusos son derrotados de nuevo en el teatro europeo. Por ahora, y en bastante tiempo, no hay que pensar en la llegada de los rusos a Mesopotamia, ni muchísimo menos al Mediterráneo, contra lo que pregonan algunos espíritus impacientes. En el centro y N. de Persia, progresa el avance ruso, aunque con extrema lentitud, que no era de esperar.

El interés de la guerra está en Verdun. Fuertes chispazos aparecen de continuo en Champaña, acentuando los alemanes su actividad, aunque no en grande escala. Otro éxito se ha registrado a su favor, el día 11, al S. de Ville-au-Bois (20 kilómetros al S. O. de Reims), donde se han apoderado de un bosque, en una anchura de 1,400 metros y una profundidad de más de un kilómetro, haciendo 737 prisioneros.

Violentísimos son los combates al O. del Mosa;

la resistencia francesa es tenacísima, pero tiene que ir cediendo bajo el destructor efecto de la artillería alemana, completado por furiosos ataques de infantería, generalmente en pequeñas fracciones, muy bien dirigidas y empeñadas con rara oportunidad. Toda la región de Bethincourt, con el bosque de los Cuervos y el de Cumières, está en poder de los alemanes. El punto principal y eje de la resistencia francesa es ahora la altura de le Mort-Homme. En estos combates, han perdido los franceses unos 3.000 prisioneros y 30 cañones.

En la orilla derecha u oriental del río, el atacante avanza penosamente al S. O. y S. del fuerte y pueblo de Douaumont; cañonea con extremada violencia las líneas de Bras; se ha apoderado de Damloup, al pie del fuerte de Vaux; y ha acercado un poco más su frente a las alturas de Tavannes, al O. de Eix y Blanzac. Otro millar de prisioneros ha caído en sus manos. El fuerte y el pueblo de Vaux han sido conquistados por los alemanes, recobrados por los franceses y vueltos a atacar por aquellos, en una lucha incesante de cuatro días, que aún no ha terminado, como no ha concluido tampoco la entablada en los alrededores meridionales de Douaumont desde últimos de febrero. Según se deduce de los despachos oficiales franceses y alemanes, poco concretos y claros los de ambas procedencias, el atacante se ha apoderado de todo o parte del pueblo de Vaux y está detenido junto a las alambradas del fuerte del mismo nombre. En las condiciones en que se encuentra ahora la posición francesa, al N. y E. de Verdun, es de suponer que los alemanes no repetirán sus ataques de infantería sin haberlos preparado por un fuego intenso de artillería, dirigido, más que contra los fuertes y baterías, contra las comunicaciones y caminos cubiertos de retaguardia, donde permanecen y por donde circulan las reservas francesas.

Desde el 21 de febrero al 11 de marzo inclusive, el botín cogido por los alemanes en este sector de Verdun, asciende a 430 oficiales y 26.042 hombres de tropa prisioneros ilesos, 189 cañones, entre los cuales 41 de grueso calibre, y 232 ametralladoras.

Alemania ha declarado la guerra a Portugal, a consecuencia de la incautación por éste de los barcos mercantes alemanes refugiados en la bahía de Lisboa.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

13 de marzo 1916